

CON SEKHMET EN AÑO DE PESTE ARQUEOLOGÍA EN EGIPTO EN TIEMPOS DE LA COVID-19

JOSÉ RAMÓN PÉREZ-ACCINO
Universidad Complutense de Madrid
jrpaccin@ucm.es

I am an old man and have known a great many troubles,
but most of them never happened.

Mark Twain

Si eres fuerte y controlas tu mente abrazarás a tus hijos otra vez,
besarás de nuevo a tu esposa y volverás a contemplar
tu hogar. Esto mejor que cualquier otra cosa.

La historia del naufrago

Eran cuatro y venían a caballo. Eso es lo que yo sabía de ellos cuando era niño. Eran cuatro y eran una señal del final del mundo, junto con la prostituta de Babilonia. En mis años de adolescencia me pareció mucho más interesante ésta última como metáfora que los primeros, pero las percepciones cambian con la edad. Tuvo que pasar mucho tiempo para que me diera cuenta, por fin, del verdadero significado de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis y el orden en el que se nos presentan. Creo que todos lo hemos descubierto por desgracia en el último año y medio. La peste, el hambre, la guerra y la muerte, y por ese orden. La extensión de la peste por el planeta, el hambre y la catástrofe económica que eso conlleva, las guerras que nos están amenazando en el tenso ambiente político internacional y, por fin, la muerte como elemento común. La muerte individual de los millones de seres humanos llevados por la peste y la muerte de una normalidad cuyo luto llevamos aún y del que no vemos manera de librarnos.

¡Pero qué listos eran los egipcios! No necesitaron cuatro jinetes para expresar lo mismo que San Juan el Evangelista. Su Sekhmet lo expresa casi todo en su propio cuerpo de mujer con cabeza de león. El camino que va de la peste a la muerte está

trufado de circunstancias y elementos, como la ira, las pústulas, la furia, la sangre y todo eso que nos hace amar las buenas cosas de la vida por encima de todo lo demás. Sekhmet en su momento de ira y por los campos, como en la pregunta del cauteloso Ammunenshi a nuestro querido Sinuhé: ¿y como está esa tierra sin él, ese dios benéfico, cuyo terror se extendía por los campos como Sekhmet en año de peste?

Uno traduce estas cosas y las comenta sin que se le venga nunca a las mientes que habrá de llegar el día en que a su despertar se le revele que, precisamente, se encuentra en el año de Sekhmet, en su momento de ira y a merced de la peste. Y del miedo y el terror en las calles, y la incertidumbre, y la sensación de debilidad, de desamparo y de ira, cuando no de muerte de alguien próximo y de millones de otros que, no por menos próximos son menos prójimos. En mi caso, la revelación de que vivía en el tiempo de Sekhmet fue como una epifanía. Hace años que recibí como regalo una estatuilla de la diosa. El objeto es bello y muy bien hecho, y fue muy sinceramente agradecido cuando me fue entregado. Desde entonces descansaba en una estantería flanqueada por libros de temas más o menos egipcios junto a algún que otro recuerdo de andanzas por la tierra del Nilo y aledaños. Una noche, mientras hablaba con mi mujer de las horribles cifras de muertes diarias que nos estaban anestesiando el sentimiento de tristeza y dolor, mi mirada se quedó fija en el estante desde el que Sekhmet parecía observarme más desafiante que nunca, casi como si una luz irradiara de ella, quizá reflejando una luminosidad que venía de otra parte (tengo que dejar de leer cosas de Egipto, lo sé, yo también me lo digo...). Pero es cierto, la estatuilla captó mi atención y entonces, como en una aparición milagrosa de esas que ocurren en prados y dehesas convenientemente cerca de carreteras nacionales, se me reveló que todo aquello por lo que estábamos pasando no era sino un año de Sekhmet, un año de peste. Y lo estaba viviendo de verdad, no en un texto. Desde entonces la estatuilla ha cambiado de lugar y ocupa una posición mucho más central y prominente en mi hogar y, sobre todo, cuando estoy frente a ella, no dejo de encenderle una vela, que se cimbreo levemente al ritmo de mis cuitas y preocupaciones emanadas de los tiempos sobre los que ella ejerce su dominio. No dejo de hacerlo, no vaya a ser que lo fastidiemos todo de una vez por un simple tecnicismo. Nunca se sabe.

Así pues, en año de Sekhmet nos planteamos cómo íbamos a poder desarrollar nuestra campaña de excavación en el Valle de la Cachette Real (C2 Project). La vida universitaria se había ya alterado sustancialmente durante el curso 2019-2020 y la mera mención de que nos proponíamos marchar a Egipto hacía enarcar las cejas de nuestras instancias académicas superiores en un grado únicamente alcanzado por las de algún dirigente de nuestro país en el reciente pasado. Y las de nuestras familias. A favor de nuestra marcha teníamos el presupuesto y las ayudas comprometidas para el 2020, que hubiera habido que posponerlas con los trámites que ello conlleva. También, y poderosamente, el permiso por parte de las autoridades egipcias de empezar a quitar los escombros y los materiales en varios lugares que nos eran y son de un gran interés en el desarrollo de nuestra investigación. Nos había costado conseguirlo. Uno, a los años que va tejiendo, ya sabe que nada que valga la pena se consigue sin esfuerzo o espera. A menudo con ambos. Y las ganas, claro. Todo el equipo, y sus directores en cabeza, estábamos ansiando volver a poner los pies en el rincón de la necrópolis tebana reseco, pedregoso, inhóspito y tórrido en el que habíamos comenzado a trabajar

en 2017. Volver a poner nuestros pies a los pies, precisamente, de la figura sin rostro que, impasible el gesto e inasequible a nuestras preguntas, como su hermana del Norte, seguro que nos esperaba, firme y fiel en el fondo de nuestro valle. Lo realmente peligroso era que precisamente estas ganas nos cegaran la visión para ver los peligros, estos sí que reales, a los que podíamos enfrentarnos y que, generosa y sabiamente, nos recordaron todas y cada una de las personas que consultábamos. La profunda convicción de que el avance en el conocimiento científico e histórico (no siempre ambos en la misma caja...) no valía la pena a cambio de una desgracia personal en el equipo, se interponía constantemente en las deliberaciones y, como es de esperar, en la mente del autor de estas líneas, como responsable último de las decisiones en el proyecto.

Los factores en contra eran muchos y de variada índole. Algunas características del diseño de la campaña surgieron como una de esas sugerencias del tipo ineludible que, con frecuencia, abundan en las conversaciones que se mantienen con quienes ostentan puestos de dirección y responsabilidad en las instituciones. De estas sugerencias nació la necesidad de reducir considerablemente el número de miembros del equipo que se desplazarían a Egipto mientras que el resto seguirían trabajando desde Madrid y otros lugares, y también la de abandonar la idea de alojar el equipo en un establecimiento público, es decir un hotel, como habíamos hecho en las campañas anteriores, para minimizar el contacto entre nuestro equipo con el resto de la población. Minimizar es la palabra, porque la eliminación del riesgo se hace prácticamente imposible. Esta sugerencia se convirtió en una condición ineludible y nos abocó a tomar una decisión que, a la larga, y como tantas otras cosas en la pandemia, llegó para quedarse. Buscamos una casa para alojarnos y para trabajar, con un jardín amplio que permitiera una vida de encierro tipo Gran Hermano (exenta de los momentos más televisivos...) y que facilitara la convivencia durante cuatro semanas sin correr el riesgo de inútiles e inconvenientes derramamientos de sangre ni vísceras entre los miembros del equipo, dada la forzada convivencia. Una vez acordado el lugar nos pusimos a buscar billetes de avión para determinadas fechas. No fue fácil. La línea aérea que cubre el trayecto Madrid-El Cairo había reducido su vuelo diario a uno semanal con lo que cualquier gestión previa en el Ministerio de Antigüedades suponía un desplazamiento de una semana antes que el resto del equipo, y otra semana más al final de la campaña, con los gastos añadidos que esto supone. Los precios de los billetes de avión tampoco ayudaron especialmente, porque la reducción de vuelos se tradujo en una creciente demanda para las escasas fechas en las que había disponibilidad.

Desplazarse por España hasta el aeropuerto y salir del país en esos días no estaba permitido sin acreditar documentalmente la razón del viaje, y nuestra situación no encajaba claramente en las excepciones a la norma. No se trataba, por ejemplo, de un trabajo bajo contrato ni de una situación de emergencia. En caso de ser interrogados en nuestro camino al aeropuerto veíamos complicado explicar al agente de turno la naturaleza y objetivos de nuestro viaje. Aquí, como en otros aspectos, fue fundamental la colaboración de la Embajada de España en El Cairo y del Ministerio de Antigüedades egipcio. Ambas instituciones nos hicieron llegar la documentación necesaria. Nuestro más sincero agradecimiento a ambas y a sus funcionarios, cuya intervención en esta ocasión, como en tantas otras, fue fundamental para el éxito de la campaña y el proyecto.

Para poder entrar en Egipto la normativa del país obligaba a obtener una prueba PCR previa con una determinada, y corta, anterioridad en su resultado negativo. Más allá del hecho, a todas luces inconveniente, de que alguien te venga a tocar las narices con un palito, en mi caso particular y como llaga aún sangrante en mi subconsciente, se encontraba el hecho de que en mi lejana juventud me habían sometido a una prueba semejante, pero forzada y a mala uva, como parte del precio que hube de pagar por eludir el servicio militar a la patria que me vio nacer. Sekhmet, ahora sé que fue ella, me había seleccionado como portador de una alergia alimenticia que constituía (y constituye) una seria amenaza. La falta de lealtad para con los míos la compensé con una exploración nasal que, habiendo alcanzado con éxito el occipucio, debió de encontrar por lo menos petróleo en las zonas más arcanas de mi hipotálamo. El retorno a esos días perdidos de mi juventud fue instantáneo en manos de la enfermera, y es por ello por lo que no dejo de estar agradecido a la normativa que durante unos instantes me convirtió, de nuevo y súbitamente, en veinteañero. Tan es así que, cuando la amable enfermera me pidió permiso para realizar una segunda exploración nasal al objeto de testear un nuevo método de detección del virus y contribuir a una investigación, un cúmulo de sensaciones mezcladas me obligó a declinar la oferta. Tengo que añadir que lo hice con los ojos llenos de lágrimas.

El aislamiento en una casa era un factor de protección, pero no el único. Las noticias que nos llegaban de Luxor eran positivas. Había incidencia de la pandemia, pero ni numéricamente relevante, ni tampoco con una virulencia excesiva, dentro de los parámetros que estábamos oyendo en las noticias a nivel mundial. En los meses de primavera parece que las cosas habían estado peor, pero a lo largo del verano y el otoño de 2020, cuando teníamos planteada la campaña, los informes se fueron haciendo más tranquilizadores. Con todo, había una serie de precauciones que había que tomar. Las autoridades egipcias emitieron una normativa de trabajo muy estricta de directrices y equipamiento obligado en los lugares arqueológicos. En nuestro caso, debido al tamaño de nuestra concesión y que toda ella se encuentra en campo abierto, con los equipos de trabajo muy distanciados unos de otros, la situación no era especialmente preocupante. La parte más alta de la montaña tebana donde parte del equipo trabaja está bien ventilada. En ocasiones, excesivamente ventilada. Cuesta subir hasta allí, probablemente los virus no lo conseguirían sin un entrenamiento adecuado.

Desde el momento en que comenzó la campaña, en octubre de 2020, contamos con todas las facilidades por parte de las autoridades egipcias. Pudimos comenzar inmediatamente a trabajar en el campo una vez establecidas e implementadas las directrices que se nos habían dado. Una de ellas, quizá la más pintoresca, era el ritual matutino de la toma de temperatura de todos los miembros del equipo. Un miembro del equipo nos hacía pasar por el poco agradable y potencialmente agresivo ceremonial de apuntarnos en la frente con un objeto inquietantemente parecido a una pistola y disparar. Afortunadamente, sin darle el significado que se nos viene a la mente, el rito se llevó a cabo siempre entre jocosos comentarios, tanto en árabe como en inglés o español, con alguna que otra incidencia, como la necesidad de modificar la posición de algún turbante para poder medir correctamente. La luz verde del aparato infamante en cada toma nos permitió continuar el trabajo sin mayor problema durante la campaña. Otra cosa fueron las mascarillas. A nadie le gusta llevarlas, pero

eran obligatorias y, aunque nadie protestó por su uso, todos fuimos conscientes del hecho de que trabajar a casi 50 grados centígrados de temperatura, levantando polvo y transportando escombros llevándola puesta era una carga añadida a un trabajo poco refrescante.

En Luxor pudimos contemplar de primera mano la magnitud de la tragedia que Sekhmet o los Cuatro Jinetes habían preparado a las buenas gentes que allí habitan. Monumentos vacíos, hoteles cerrados, barcos sin movimiento y práctica ausencia de autocares de turistas. Para una ciudad que, en una gran medida, depende del turismo para su existencia, eso es lo más parecido al Apocalipsis. En toda la orilla izquierda del Nilo, en la necrópolis tebana, había únicamente en esos días cinco equipos arqueológicos trabajando, nos dijeron. Y, con orgullo lo digo, tres de ellos éramos equipos españoles.

La vida en nuestra casa-cenobio la llevamos razonablemente bien, dadas las circunstancias. Desgraciadamente, y por razones de seguridad, tuvimos que suspender las acciones de entrenamiento y formación que habíamos comenzado, con notable éxito, en las campañas anteriores, a las que asistían nuestros compañeros del Centro de Documentación y Estudio del Egipto Antiguo y algunos inspectores locales del Consejo Supremo de Antigüedades. Pretendíamos aislar a las personas que habitábamos la casa al máximo. De hecho, hasta la comida nos la traían preparada de fuera todos los días en lugar de tener a una persona en casa cocinando para el equipo. En estas condiciones, trabajo en el campo por la mañana, trabajo en la casa por la tarde, cena y cigarrillo en el jardín (algunos) o paseo en grupos pequeños por un camino que bordea la casa por la trasera y que circula pegado a los campos de cultivo, se nos fueron desgranando los días que se parecían unos a otros hasta confundirse. En esa monotonía cualquier incidencia era objeto de atención. Grandes comentarios, como situación de roce aventurero con el peligro, obtuvo el encuentro de quien esto escribe una de esas noches, en la citada vereda y en un hasta entonces plácido paseo, con una serpiente que, probablemente, se encontraba en situación análoga. Momentáneamente solidarizados por la luz de la luna y la paz del sendero, nos ignoramos mutuamente, cada cual a nuestros desvelos.

Lo más duro de la situación fue la eliminación de las visitas a monumentos y pequeñas excursiones de los viernes, nuestro día de descanso. Estar en Luxor y no visitar lugares arqueológicos de interés es igual que ser un niño con la nariz pegada al escaparate de una pastelería. Nos comprometimos a hacerlo así, para protegernos unos a otros. Todos queríamos salir, ver, visitar y conocer, pero la satisfacción de nuestro deseo podía suponer poner a un compañero en una situación límite o peor. Con dolor consentimos, y con más dolor aún mantuvimos el compromiso. No hizo falta cerrar la verja de la casa. La responsabilidad fue el cerrojo. Esto tuvo inusuales consecuencias, no sólo porque nuestro jardín se llenó de actividad en esos días festivos en forma de tertulias, música, coladas sucesivas y tendido de ropa, amén de largas siestas bajo la palmera en nuestro día de asueto, sino que también nuestra única y necesaria salida a hacer compras personales se convirtió en una aventura semanal esperada y exprimida con gusto. Identificamos un supermercado fuera de los límites urbanos de Luxor, sin grandes aglomeraciones, moderno y con más medidas de seguridad higié-

nica de las que podíamos encontrar en España, y convinimos en que esa salida era la única que nos íbamos a permitir, desplazándonos todos juntos en el mismo vehículo que usábamos y desinfectábamos todos los días. De tan esperado acontecimiento da buena cuenta el hecho de que nos poníamos nuestras mejores ropas (de las que nos quedaban limpias) y hacíamos uso generoso del agua de colonia y otros afeites para nuestra excitante cita semanal. Pronto nos vimos admirando las estanterías repletas de galletas y bolsas de patatas fritas con la misma avidez y gusto con que hubiéramos contemplado las tumbas tebanas mejor decoradas. Nunca la compra de champú, ketchup, latas de bonito y quesitos en porciones se demoró tanto.

Como ejercicio de responsabilidad y al objeto de satisfacer las normales ansiedades y nerviosismos de familiares y allegados, antes de salir de España elaboramos un protocolo de actuaciones bastante rígido y muy completo que preveía el abanico de situaciones que podían darse dentro del equipo en relación con la Covid: desde una persona que mostrara síntomas parecidos a los producidos por la enfermedad hasta la indeseable situación de que un miembro del equipo la desarrollara y ésta se manifestara de una forma extremadamente acusada. Para cada situación había una serie de acciones previstas, y éstas pasaban desde el aislamiento en alojamiento separado, previamente acordado, pasando por la hospitalización del posible enfermo y el acompañamiento del director del proyecto hasta la recuperación total y salida del hospital y del país de quien se viera en esa situación. Huelga decir que para esta campaña buscamos, y encontramos, el mejor seguro médico que el mercado nos ofrecía, a un coste elevado que repercutió en el presupuesto de la campaña, pero que garantizaba la mejor atención médica posible y con la mayor cobertura financiera en el caso no deseado de que alguien se contagiara. Se trataba de minimizar al máximo la opción pesadilla.

En el valle la campaña se nos dio muy bien. La excavación comenzó a corroborar las hipótesis que habíamos formulado y nos planteó nuevos desafíos que han abierto puertas muy esperanzadoras. Fue un año bueno y una campaña muy productiva. Comenzó con aprensión, miedo y cautela y terminó con una sensación generalizada de éxito y logro en el equipo. No hubiera sido posible hacerlo sin la ayuda de las autoridades egipcias y españolas, que nos brindaron su colaboración desde el primer momento, sin el apoyo de nuestros patrocinadores, que entendieron las razones por las que tomamos la decisión de irnos a Egipto en tales circunstancias, sin la colaboración y hermanamiento de nuestros compañeros egipcios, tanto en El Cairo como en Luxor y, especialmente, sin el ánimo continuado y el cariño de nuestras familias, cuya comprensión y apoyo no sólo no nos ha faltado, sino que nos ha sostenido todo este tiempo. Egipto ha mantenido durante este tiempo difícil una política respecto a los viajeros y turistas muy coherente y estable, sin bandazos. Cualquier viajero puede entrar con una PCR negativa y desplazarse libremente por el interior del país. El gobierno egipcio ha establecido una serie de medidas muy estrictas de prevención y control en las zonas turísticas. Este es un buen momento para visitar Egipto sin aglomeraciones y disfrutar de los templos, la mayor parte de ellos al aire libre, con la mayor tranquilidad. También es un buen momento de demostrar con hechos nuestro amor a ese país que tanto nos ha dado, en este año tan complicado para el turismo y para las vidas de los que dependen de él, que son muchos.

Con todo, para quien escribe, como director del Proyecto, el mayor logro y la mayor causa de satisfacción es, sin ninguna duda, el hecho de que ningún miembro de nuestro equipo, español o egipcio, cayera enfermo, y que hayamos podido regresar todos a nuestras casas y a la compañía de nuestras familias sin mayor problema. Eso ha justificado ampliamente los esfuerzos, los costes, las preocupaciones y los temores con que encaramos esta campaña del 2020, desarrollada bajo la égida de Sekhmet, en un año de peste.



Figura. 1. C2 Project. Royal Cache Wadi Survey campaña 2020 (octubre-diciembre).
Arqueología en Egipto en el año de Sekhmet.